

COMENTANDO

Con los millones malgastados podía haber quedado resuelto para siempre el problema del trigo

Si los datos que tengo no son inexactos, van gastados en lo que va de año unos cien millones de pesetas en pagar a los harineros del litoral, de Cataluña sobre todo, las diferencias entre el precio del trigo y el pagado por ellos.

de reses bravas, industria que sólo sirve para embrutecer a los españoles, y hay además grandes fincas cultivadas por procedimientos primitivos.

El Sr. Espada es ministro desde hace días, y claro es que para nada le aludo, pues estoy hablando del pasado.

Quando sepa España cuánto ha costado el mantenimiento de esa ficción absurda, que sólo ha servido para enriquecerse unos cuantos fabricantes, se asustará.

Si en vez de haber dedicado los cientos de millones del Tesoro a amparar esas industrias se hubiese fomentado sistemáticamente la agricultura nacional y aun la africana de la zona atlántica, otra muy distinta sería la realidad de la vida española.

JUAN DE ARAGON

DESPUES DEL TRANCE LOS MINEROS

(De nuestro redactor en Londres)

Parece cosa cierta que la opinión pública está en contra de los mineros de carbón. Es probable que esta hostilidad no sea tan grande que induzca a buena parte de la población a bajar a las minas en la fecha fatal del 25 de septiembre, en que se ha decidido comenzar la huelga.

Los Estados Unidos, cosa que no ha ocurrido. Los mineros se defienden contra la acusación de egoísmo que el público, en general, les hace, y dicen que, cuando el Gobierno subió en mayo último en 14 chelines 2 peniques el precio del carbón doméstico, lo hizo alegando que así lo exigía el aumento de los salarios, y la verdad es que aquella subida era innecesaria, porque ya quedaba un provecho de 6.000.000 de libras anuales, después de pagar cánones, intereses por obligaciones, depreciaciones, etc., y con ese aumento el beneficio ha llegado a ser de 6.000.000 de libras mensuales, cifra escandalosa, que los mineros no quieren tolerar, porque están convencidos de que el objeto que se propone el Gobierno al asegurar tan alto beneficio consiste en devolver las minas a los propietarios en tales condiciones que hasta las más pobres produzcan beneficios mayores que nunca en lo pasado, por lo que dicen los mineros que el alza en el precio del carbón no es resultado de sus exigencias, sino del propósito gubernamental de que hagan los patronos pingües negocios.

Los obreros dicen también que si alguien ha de hacer negocios, es más justo que los hagan ellos que no los patronos, y por eso piden aumentos de salario, que de ser concedidos absorberían los beneficios extraordinarios que actualmente está haciendo el Gobierno, y que el Gobierno, por lo visto, desea que hagan los patronos el día en que les devuelva la administración suprema de las minas, que actualmente se halla en manos del Gobierno. Los obreros quieren, de una parte, que se abule este aumento de 14 chelines 2 peniques sobre el carbón doméstico, a fin de que se beneficie el público en general, y, de otra parte, que sea principalmente para ellos el beneficio que actualmente se obtiene del carbón de exportación, y que el Gobierno quiere que sea repartido de tal suerte que los patronos reciban el 10 por 100, y que el resto sea para el Tesoro, sin conceder

parte alguna ni para aumento de los salarios obreros, ni para reducción del precio del carbón que se consume en el país.

Añaden los mineros que cuantos aumentos de salario han obtenido no ha servido sino para cubrir escaseamente los aumentos en el coste de la vida, cuando lo que se les había prometido en anteriores convenios era mejorar la condición de los mineros respecto de la que padecía antes de la guerra. Y a la acusación de que su productividad ha disminuído, contestan diciendo que la culpa está en que ahora hay muchos más obreros que trabajan en reparaciones y en abrir nuevos pozos que los que había durante la guerra, que son defectuosos los medios de transporte de muchas minas y que los mineros verían con gusto que se abriese una información acerca de la disminución de producción, porque así se vería mejor que no es culpa suya. Lo que, en resumen, quieren los mineros es que los beneficios extraordinarios que actualmente se obtienen en las minas sean distribuídos entre los productores y los consumidores, y no, como quiere el Gobierno, entre el Tesoro y los capitalistas.

Es posible que los mineros tengan razón en su disputa con el Gobierno y con los patronos; pero no hacen bien apelando al arma de la huelga, porque en las circunstancias actuales de Europa, una huelga de mineros en la Gran Bretaña sería catastrófica. Los mineros no piden que se reduzca el precio del carbón en los mercados extranjeros. Se muestran tan dispuestos como sus patronos y como su Gobierno a explotar la necesidad universal, y de otra parte reconocen que, en medio de una humanidad empobrecida, han conseguido mantener el tipo de vida que disfrutaban antes de la guerra. No nos extrañemos de que les sea hostil el público.

RAMIRO DE MAEZTU

La Presidencia de Méjico

Ha sido proclamado Obregón : : : : : Méjico, 9.—La votación obtenida entre los diversos candidatos a la Presidencia de la República, da el triunfo definitivo al general Obregón. Este ha sido proclamado Presidente. (Agencia Americana.)

A bordo de un buque alemán

Sublevación de bolcheviques : : : : : Berlín, 9.—Una grave sublevación se ha producido a bordo del navio alemán «Odin», que transportaba internados rusos a Alemania y que, obligado por el mal tiempo, había tenido que hacer escala en el puerto de Dantzig. Mientras que los oficiales de este convoy, en el que iban doscientos hombres, bajaron a tierra para comprar víveres, el cocinero exaltó a los bolcheviques y se puso al frente de ellos. Al regresar los oficiales, se hizo un ataque contra el puesto del comandante. Los soldados alemanes, que estaban atrincheros, hicieron fuego y mataron a algunos revoltosos. (Agencia Radio.)

INDUSTRIA LECHERA Y SANIDAD

Hasta que en Madrid se establezca una «Escuela técnica de concejales» al estilo de las existentes en París, Berlín y otras poblaciones; hasta que aquí tengamos al frente del Municipio un administrador-gerente con pingüe sueldo, sí, pero con la consiguiente responsabilidad, o hasta que, al menos, haya alcaldes que, como Leopoldo Romeo, con las disposiciones de la vacunación, de la mendicidad y otras, hagan que se cumplan con el debido rigor las Ordenanzas municipales y los preceptos de la higiene, bueno será de vez en cuando llamar la atención de los ediles acerca de los progresos e invenciones aplicados en otras partes para evitar abusos y transgresiones contra la salud del vecindario.

es un camión automóvil que va provisto de un tanque, cuyo interior es de vidrio, de una capacidad de 3.400 litros, en el cual se hace previamente el vacío y en el que, por lo tanto, se conserva pura y fresca la leche por espacio de largo tiempo.

Otra invención moderna, obligatoria allí para las vaquerías, es la instalación eléctrica en ellas, a fin de que se utilicen para los modernos aparatos de ordeñar, desnatar, pasteurizar, lavado de botellas y vasijas, etc. El ordeñado por medio de aparatos eléctricos es muy económico, más que el ordeñado a mano, y sobre todo evita toda suciedad y alteración en la leche.

Ha encarecido la leche, como encarece todo: la vivienda, el vestido, el calzado, los comestibles, los huevos... Estos, según parece, por su acaparamiento en las cámaras frigoríficas.

Dos o tres hombres, con tales aparatos, pueden realizar el trabajo de ordeñados que antes requería el de ocho o diez. Y, naturalmente, con una limpieza irrefragable.

Y ya que éstas se aplican al fraude, ¿por qué no se utilizan, en pro de la salubridad, en otros ramos de las industrias alimenticias?

Ahí tienen el alcalde y los ediles madrileños ejemplos provechosos que imitar. Y aunque no sea ésta la ocasión oportuna, bueno será que ponga su atención en el modelo de organización sanitaria mencionada nuestro ilustre y admirado amigo el conde de Bugallal, flamante ministro de la Gobernación (y de la Sanidad), aunque con antigüedad de veinticinco años como jefe de una de las Direcciones generales de dicho ministerio.

En los Estados Unidos, donde la industria lechera es una de las más vigiladas y mejor organizadas por el Gobierno, exige para dedicarse a ella un severo reconocimiento facultativo que acredite en el industrial una perfecta salud. Allí son penadas las primeras infracciones con multas que llegan hasta 2.500 pesetas, y las reincidencias se castigan no sólo con la pérdida de la licencia para expendir leche, sino con la privación de poderse dedicar a cualquier otro comercio en el territorio.

Si, como los cardenales Jiménez de Cisneros, en España; Richelieu y Mazariño, en Francia (educados en España también), ha pasado, según su propia frase, «de canónigo a guerrero», no es dudoso que si dispone de mimbres y tiempo nos demuestre que, igual que aquellos insignes canónigos al ocupar el puesto de gobernadores mayores del Reino, sabe cumplir y hacer cumplir sus leyes «suaviter in modo, fortiter in re».

Ello es causa de que diariamente se realicen inventos para evitar las alteraciones de este producto alimenticio.

Uno de los últimos, que ya se utiliza para el transporte a domicilio de la leche,

FRAY EJEMPLO

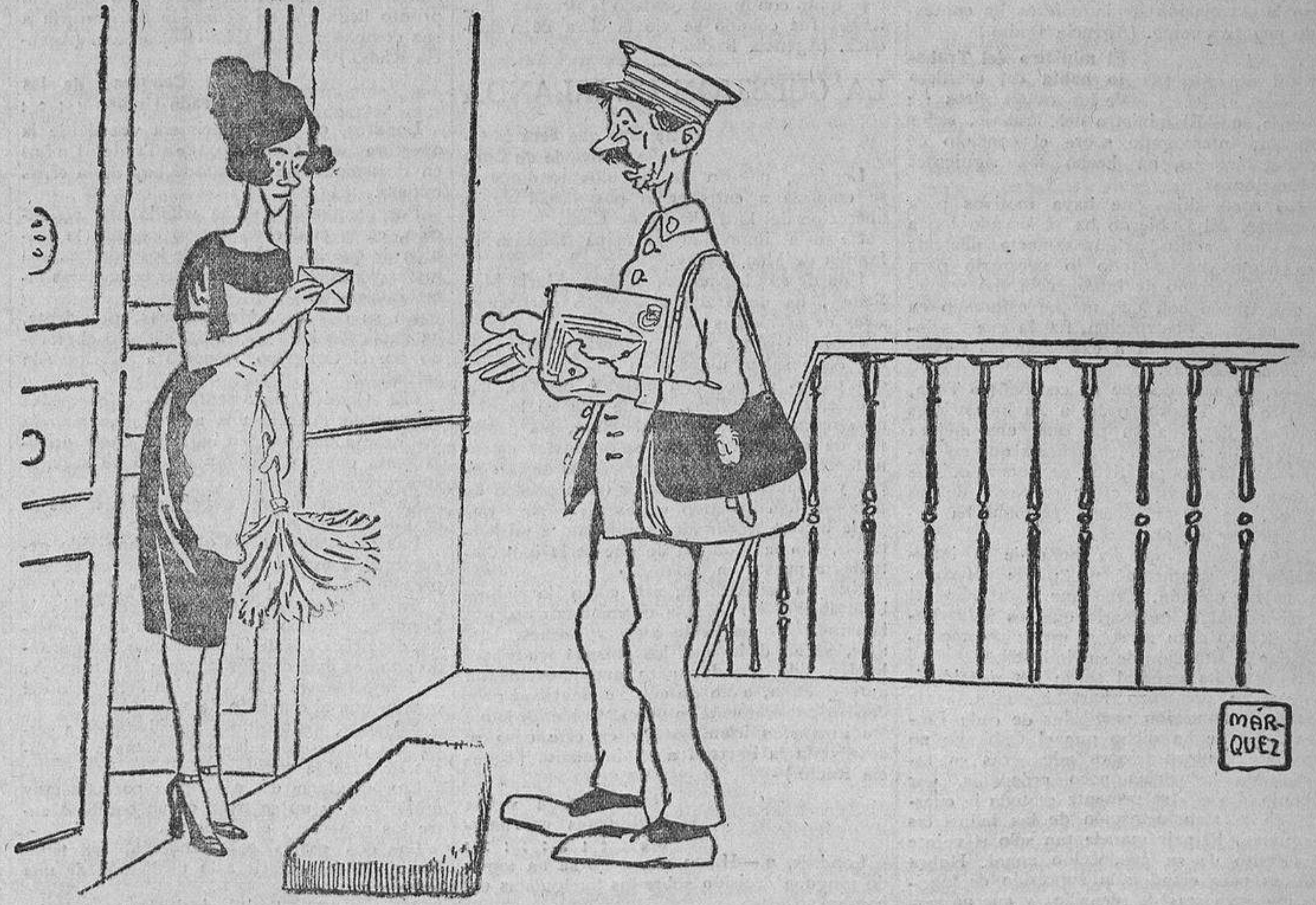
En cumplimiento de lo mandado en la Real Orden que regula el tamaño y precio de los periódicos, publicaremos desde 1.º de Octubre solamente 6.500 centímetros cuadrados de papel impreso al precio de

DIEZ CENTIMOS

No nos atrevemos a elevar el precio a quince céntimos y nos acogemos a la autorización que concede la Real Orden a los periódicos de menos de 6.500 centímetros para que puedan continuar vendiéndose a diez céntimos. La mayor parte de los lectores que han contestado a nuestra pregunta son de esta opinión y nos aconsejan la reducción de tamaño siendo opuestos al aumento de precio.

Nos ocasiona graves perjuicios no poder publicar nuestras habituales doce páginas; pero no queremos disentir de los queridos colegas que patrocinaron esa fórmula y sacrificamos nuestra conveniencia en aras del compañerismo, esperando que ellos harán lo mismo y que desde 1.º de Octubre, o reducirán su tamaño a los 6.500 centímetros cuadrados o aumentarán el precio a quince céntimos.

AVIACION POSTAL



¡Qué fastidio! Las cartas tardan que es un horror.
—Ten paciencia, que ya pronto las llevarán los aeroplanos y vendrán volando

XXIII ANIVERSARIO EL EXCMO. SEÑOR D. LUIS VIDART Y SCHUCH

LA FORESTAL DE URGEL

CALLE DE CORTES 684.—TELEFONO 1.210

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA: MIBERN, BARCELONA FABRICA DE CARTULINAS Y CARTONES FINOS EN MOLLERUSA (LÉRIDA)

Reformadas las fábricas con arreglo a los últimos adelantos de la fabricación moderna, se obtiene una reducción en los precios que actualmente se cotizan en el mercado español...

CARTULINAS MATIZADAS PARA LITOGRAFIA, RELIEVES, etc.

PRODUCCION DIARIA: 8.000KILOS



XVI ANIVERSARIO EL SEÑOR

Don Francisco de Paula Mitjans

Falleció en Montgeron (Francia) el día 9 de septiembre de 1904

R. I. P.

Su desconsolada viuda, la marquesa de Manzanedo; sus hijos, el duque de Santaña, la duquesa de Léceza, condesa viuda de Crecente y condes del Rincón; sus hijos políticos; sus sobrinos, el marqués de Mobellán, baronesa de la Villa de León y doña Isabel Sánchez de Mobellán de Angulo; sobrinos políticos y demás parientes,

RUEGAN a sus amigos lo encomiendan a Dios en sus oraciones.

Todas las misas que se celebren el día 9 del corriente en la parroquia de Santa Bárbara e iglesias de Nuestra Señora del Carmen, Descalzas Reales y San Pascual, serán aplicadas por el eterno descanso del alma del finado.

El Excmo. y Rvmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, ha concedido 200 días de indulgencia, y los Excmos. y Rvmos. Sres. Nuncio Apostólico de Su Santidad, Obispos de Madrid, Alcalá, Sión, Cuenca, Avila, Santander, Orihuela, Seo de Urgel y Tuy, 80 y 40, respectivamente, por cada misa que oyeren, parte de rosario que rezaren y cualquier acto piadoso que hicieren en sufragio del alma de dicho señor.

PIREXOL Marca registrada

Medicamento antipalúdico de resultados excelentes, compuesto de clorhidrato de quinina, hierro, arsénico orgánico, extracto de quina, preparado por J. R. Muni-lla, farmacéutico. En cajas CALENTURAS de cuarenta píldoras para de toda clase, y en ampollas para el paludismo rebelde e inveterado.

REPRESENTANTES

Se necesitan en todas las provincias de España para la venta de calzado y demás artículos de Mallorca. Carbones lignitos en todos los puertos del Mediterráneo.

FRANCISCO GARCÍA DE VELASCO

Cosechero, Almacenista y Exportador de Vinos manzanillas. Desea representante con garantía para la plaza de Madrid.

MATERIAL FERROVIARIO

Comparamos carriles, vagones, vagonetas, molinos, material de hierro y motores.—Peligros, 3, entresuelo. S. A. LA VASCOGADA

JEFATURA DE OBRAS PUBLICAS

DE LA PROVINCIA DE MADRID La Jefatura de Obras Públicas de Madrid, instalada actualmente en la calle de Serrano, núm. 56, segundo, abre concurso entre los propietarios de fincas urbanas de esta corte, para que por término de quince días, contados desde el día 4 del corriente, puedan presentar proposiciones, con el correspondiente croquis, de un local destinado a dichas oficinas, siendo el alquiler anual de siete mil pesetas.

AVISO

La casa que paga más por toda clase de alhajas, de oro, plata, platino y dentaduras, es Plaza de Santa Cruz, núm. 7. PLATERIA.—MADRID

Antes de comprar espejillos, cosméticos o extranjeros y recetas, preguntar precios en Puebla, 11, farmacia de García Moro. Tenemos el Depurativo Radical mejor del mundo.

Las galletas OLIBET son las mejores

PLATANOS superiores, naranjas, aguacates. Barquillo, 12. Muñoz

JARABE DE GIBERT y Grajeas AFECCIONES SIFILITICAS VICIOS DE LA SANGRE

EL QUE NO ANUNCIA NO VENDE LOS TIROLESES EMPRESA ANUNCIADORA

Ozonopino Ruy - Ram Perfume del bosque, con el bacteriida trioximetileno, es el bálsamo de la vida...

La Correspondencia de España OFICINAS: Redacción y talleres: Factor, números 5 y 7. Admón. y Cajas: Arenal, 1, y Pta. del Sol, 8.

SUSCRIPCIONES Trimestre, Semestre, Año

Provincias y posesiones españolas en Marruecos, Portugal, Las demás naciones

Los pagos tienen que hacerse por adelantado en Giro Postal, sobres monederos, letras o cheques (no son admisibles sellos ni hacemos giros con cargo a los suscriptores) y a nombre del señor Administrador de este periódico.

SOCIEDAD ANÓNIMA DE ÓMNIBUS AVISO Participa al público que tiene establecido un servicio de transportes desde las estaciones de Atocha-Norte y Delicias a DOMICILIO, dentro del primer radio de la población a precios económicos...

ANUNCIOS Valverde, núm. 8. E. Cortés TELAS Valverde, núm. 8.

AGUAS PURGANTES COSLADA Las AGUAS DE COSLADA constituyen el purgante más eficaz, rápido y seguro; jamás al tomarlas causan irritación, cólicos ni dolores de vientre...

SEÑORES ANUNCIANTES Pedid tarifas gratis á esta Empresa anunciadora, que dispone de combinaciones ventajosas en los periódicos de Madrid. OFICINAS DE PUBLICIDAD DE JOSÉ DOMINGUEZ

Agencia de Publicidad, León, núm. 20

Vinos tintos de las bodegas en Elciego (Alava)

DE LOS HEREDEROS DEL EXCMO. SR. MARQUES DEL RISCAL

Exposición de Burdeos de 1895.—DIPLOMA DE HONOR La más alta recompensa concedida a los vinos tintos extranjeros

Exposición de Bruselas de 1910.—GRAN PREMIO Exposición de Buenos Aires de 1910.—GRAN PREMIO DE HONOR

PEDIDOS Para precios y condiciones, dirigirse al administrador, Mr. G. Dubos, por Cenicero Elciego (Alava), o al apoderado de la Casa, Cuesta de Santo Domingo, 5, Madrid.

DEPOSITOS EN ESPAÑA:

- Almería.—D. Juan Antonio Martínez, Reyes Católicos, 2. Avilés.—D. Alejandro González García, Arco de la Cámara, Ultramarinos. Barcelona.—Sr. Hijo de D. José Vidal Ribas, Rambla de San José, 23; calle de Pelayo, 42; calle del Hospital, 2, y plaza del Borne, 8. Idem.—D. Manuel Urrutia, Rambla de Santa Mónica, 8 y 10, 1.º. Bilbao.—Viuda de Miguel Hormaechea, Bidebarrieta, 2. Idem.—D. Pablo Tapia, Santa María, 17. Cáceres.—D. Manuel García, Alfonso XIII, número 4. Cádiz.—D. José Serrano de la Jara, Antonio López, 3. Canges de Onís.—D. Graciano Fernández, Cereales y Ultramarinos. Ciudad Real.—D. Diego Pizarroso, Castellar, 15, Hotel Pizarroso. Córdoba.—Viuda e Hijos de M. Ortega, Duque de Hornachuelos, 14 duplicado. Idem.—D. Esteban Gómez Mateo, plaza de Sagasta, 1. Coruña.—D. Justo Navarro, Santa Catalina, 1. El Ferrol.—D. Rafael Lamas, Sánchez Barcáiztegui, 1. Granada.—D. Luis Aguado Gómez, Santiago, 16. Huelva.—D. Valeriano Ciordia, Concepción, 12. Huesca.—D. Juan Atarés, Coso Bajo, 10. Fábrica de chocolates. Jaén.—D. Pedro Morales Peñalver, Martínez Molina, 75. Idem.—Sres. Hijos de Joaquín Porras, Bernabé Soriano, 2, confitería. Jerez de la Frontera.—D. Luis de Cala y Aguirre, Conocedores, 4. Linares.—D. Antonio Córdoba, Agua, 7, «La Estrella Oriental». Madrid.—Sras. Hijas de D. Baldomero García, «High Life», Carrera de San Jerónimo, 14. Idem.—D. J. Pecastaing, Príncipe, 13. Idem.—D. Adriano Alvarez, Barquillo, 3, ultramarinos. Madrid.—D. Francisco de Cos, Conde de Xiquena, 2, y paseo de Recoletos, 21. Comestibles. Idem.—Sres Hijos de Ripoll, Puerta del Sol, 8, «La Mallorquina». Idem.—D. Francisco Aldama, Ciudad Rodrigo, 10 y 15. Comestibles. Idem.—D. Carlos Prast y Hermanos, Arenal, 8, «Las Colonias». Idem.—D. Santiago de Mollinedo, Conde de Romanones, 12. Ultramarinos. Idem.—D. H. Pidoux, Cruz, núm. 12. Idem.—D. Juan Fernández Rodríguez, Hortaleza, 15, e Infantas 4 y 6. Vinos. Idem.—D. Angel Duque Gimeno, Alcalá, 41, «La Negrita». Málaga.—D. A. de Burgos Maesso, Bodegas, Don Cristán, 8. Oviedo.—Sr. Hijo de D. G. Mori, Cimadevilla, 5. Ribadesella (Asturias).—D. Ramón Fernández Ruisánchez, Cereales y Ultramarinos. Salamanca.—D. Nicolás Rodríguez, Rua, 21 San Ildefonso (Real Sitio).—D. Adriano Alvarez, plaza del Vidriado, 4. San Sebastián.—D. Gerardo Cayueta, General Echagüe, 4, segundo. Idem.—D. Mateo Balaguer, Camino, 7. Idem.—D. José Echave, «La Urbana», plaza de Guipúzcoa, 15. Idem.—Casa Delbos, Proveedores efectivos de la Real Casa, Legazpi, 4 y 6. Idem.—D. José Amochategui, Urbietta, 21, bajo. Santander.—D. Bernardo Martínez, Alameda primera, 20 y 22. Almacén de vinos. Segovia.—D. Manuel Pérez, Sucesor de Ochoa, Juan Bravo, 5. Sevilla.—José María de Olmedo y Carranza, Alameda, 29. Valencia.—D. Pedro Nadal, calle de Pascual y Genis, 14. Comercio. Valladolid.—D. Eudocio López, Santiago, número 1 y 3. Villagarcía.—D. Andrés Duro. Vitoria.—D. Manuel Hernández, plaza de la Independencia, 4. Idem.—Sres. D. Maximino Pérez y Compañía, Postas, 16. Zaragoza.—D. Miguel Mur, Coso, 37. ADVERTENCIAS.—La procedencia legítima de estos vinos se acredita con la marca cuya reproducción auarece arriba, la cual va siempre puesta en las barricas y barriles, y en sus dobles envases en las cajas para botellas, en las cápsulas, corchos, etiquetas y en el plomo que sellará a la malla de alambre que envuelve a la botella y a la media botella. En las etiquetas y en los corchos va marcado el año del vino. Todos los envases se envían precintados. AVISO MUY IMPORTANTE A LOS CONSUMIDORES: Se admiten las botellas y las medias botellas vacías, abonando al consumidor 0,60 por la botella y 0,50 por la media botella, con tal de que devuelvan las mismas con sus fundas y sus cajas. No se admiten los envases vacíos del vino en barricas y barriles. Tampoco se remiten etiquetas con esta clase de pedidos. Exigir siempre intacta la malla de alambre que precinta a la botella y a la media botella.—Fijense muy especialmente en nuestra marca concedida.

LEA USTED LAS OBRAS DE «EDITORIAL CALPE»

Una novela corta inédita

LEA USTED LAS OBRAS DE PEREZ GALDOS

«LA VICTORIA DE SAMOTRACIA»

Enrique Jardiel Poncela

PROLOGO

Al pie de las gradas que conducen al Pincio, César Russel se detuvo asombrado.

Veinte días llevaba en Roma recorriendo la capital en todos sentidos y admirando sus bellezas en múltiples aspectos; pues bien, ni el rítmico arco de Septimio Severo, ni el claustro de San Pablo—que se recordó el toledano de San Juan de los Reyes—, ni las arrogantes ruinas del templo de Cástor y Pólux, con su antiestética restauración en annalina y alambre, ni la imponente Plaza Nueva, situada frente a la Basílica de San Pedro, habían logrado conmoverle, extasiarle, tiranizarle, como aquella visión, entrevista en las gradas del Pincio, cuya presencia llegó a producirle una adinamia pasajera.

Baja la frente, tembloroso el pecho y risueño el semblante, descendía a saltitos las gradas una mujer joven, veinteañera y hermosísima.

Tenía la piel muy blanca—de una blancura casi láctea—y negra como la noche los cabellos. En la nuca la unión de los dos tonos ofrecía un contraste dulce y codiciable; por un beso allí podía darse media vida, y el precio resultaba bajísimo. En el rostro, de un óvalo regular, vivían constantemente los ojos de un verde esmeralda, y su poder monárquico sabía cubrir el defecto de la boca, de labios finos, pero demasiado grandes. El cuello, estuario y largo, se ensanchaba para formar el lago del pecho, limitado por el flechazo de un traje de batista blanca, del que surgían como por encanto dos brazos dignos de la Venus de Milo. Bajo la batista palpaban los senos arrullándose, y se acusaban las armónicas formas del cuerpo: rotundas las de las caderas, breve la del vientre, nerviosas y ágiles las de las piernas.

La muchacha, siempre sonriente, se detuvo en mitad de su descenso, miró un instante a su admirador, que desde abajo seguía todos sus movimientos, alzó la frente al cielo, dirigió su vista hacia el Janículo y durante unos momentos contempló la estatua de Garibaldi, que se alzaba en él.

El aire, azotando el cuerpo de la hermosa, ceñía en su torno el blanco vestido, denunciando la majestad de su gesto arrogante.

A César Russel, que seguía mirándola absorto, le pareció que se había hecho carne la figura que avanza hacia el mar en «La victoria de Samotracia».

I

César Russel rescita el pasado

Llovía tenazmente, incansablemente, y el cielo se había cubierto de unos desagradables nubarrones negros. César, pegado a la frente a los cristales, contemplaba la calle triste y encharcada, por la que de vez en cuando pasaba un transeunte cubierto hasta los ojos y haciéndose la ilusión de que se resguardaba de la lluvia con el paraguas reluciente y empapado. De pronto cruzaba un coche manchado de todo y arrastrado calmamente por el caballo, que chapoteaba en el agua con sus cascos relucientes. A la lluvia tenaz se sumaba un viento frío y desagradable, que enrojecía los rostros y amarataba las manos.

Dentro del despacho dieron las seis, y las campanadas sacaron a César Russel de su abstracción. Echó una última mirada al cielo, que seguía amenazando otro diluvio, y se sentó en un sillón.

Decididamente, no salía. ¡Se estaba tan muellemente bien al lado de la chimenea, donde los leños crepitaban abrasándose, junto a la mesita que soportaba el peso de un argenteado servicio de café! ¡Tenía tanta intimidad aquel despacho—profundamente diferente al otro majestuoso donde recibía las visitas de sus enfermos—, había conseguido con tanto acierto reunir en él lo más exquisito de sus sentimientos y lo más deleitable de sus recuerdos, que, contemplando sus paredes llenas de cuadros, parecía revivir todo su pasado!

Sobre la mesa pequeña y elegante había muchos libros y muchos papeles; libros de esparcimiento—los áridos libros doctrinales yacían en el despacho majestuoso—y papeles suyos, escritos que pertenecían para él solo, no para darlos a leer a los demás.

Los cuadros que cubrían las paredes eran vistas de Italia; todo el aroma ro-

mántico de las ciudades del Adriático y del Tirreno estaba allí, desde San Marino a Venecia y desde Pisa a Palermo. En una tabla apaisada se dibujaba la melancólica perspectiva de la calle de las Tumbas, de Pompeya, con sus macizos y sus rosales bordeando el camino, que moría en un gran arco, de una sola puerta, armónico y esbelto como el Arco de Triunfo.

Todos los lienzos eran de un colorido magnífico, risueños y luminosos; algunos, que tenían una dulzura entre apasionada y mística, eran vistas del Piamonte, aldeas perdidas y llenas de paz, limitadas invariablemente por las cumbres rosadas y azules de los Alpes. Y bajo los paisajes, como una flor más de la campiña, habla en todos un nombre, una firma: «Margarita.»

César Russel contempló uno de los cuadros: un crepúsculo de una tonalidad uniforme y triste. Sobre el pintado lienzo una mano femenina había escrito esta inscripción: «Vercelli, abril de 1912. ¿Recuerdas? Margarita.»

Si recordaba. El jamás había creído en el «flechazo»; los primeros desengaños de una adolescencia ávida de ternura le habían hecho escéptico; pero sobre su escepticismo había algo que le inclinaba a creer en un amor firme y sincero, en un amor engendrado por una amistad que luego fuese creciendo progresivamente hasta formar el sentimiento puro, acendrado y constante con que soñaba. Pero la realidad se impuso y el flechazo también.

Cuando, concluida la carrera de Medicina, había entrado en la mayoría de edad y en posesión de la colosal fortuna que su padre le dejara íntegra, César Russel decidió viajar por Italia. Y una tarde, frente al Pincio, sintió la emoción más viva que había herido su sensibilidad hasta entonces. Aquella mujer, tan pronto vista como adorada, era una demostración aplastante de la existencia del flechazo.

Durante mucho tiempo la siguió, la persiguió, movido por la fuerza maravillosa del corazón. Margarita Lubeck—que, como César, era española por su nacimiento y por su origen alemán—poseía la rectitud y la seriedad de la mujer ibérica, y siempre contuvo los amorosos transportes del muchacho con un ademán altivo; pero al fin la simpatía y la misma afinidad de origen les fueron acercando poco a poco, estrechando sus afectos. Hasta que cierta tarde, en Vercelli, sin premeditación alguna, cambiaron un beso apasionado, estremecedor y muy largo... Y Margarita se dio cuenta de que no podría vivir sin César.

Ella estaba en Italia pensionada para ampliar sus conocimientos pictóricos, y, puesto que aún quedaban seis meses para expirar el plazo de la pensión, decidieron recorrer juntos el país.

¿Cómo venían a la imaginación de Russel todas las distintas impresiones en abigarrado conjunto! Los atardeceres en Casale, las mañanas en Turín, paseando por la carretera de Stupping; las salidas del sol en Aosta, en plenos Alpes, rodeados de nieve y abrasados por dentro, sin embargo.

Porque aquel amor, vigorizado por el ambiente erótico de los paisajes piamonteses, tenía notas suaves y dulces; pero comúnmente estaba formado de arpeggios altos, llenos de ímpetu, de fuego y de locura. Si Margarita y César se hallaban juntos se estrechaban con ansia, se besaban casi de continuo, hasta quedar anhelantes y fatigados; al separarse vivían sólo del recuerdo de tornar a verse, y al reunirse otra vez volvían a su vehemencia maravillosa e incansable, a sus caricias inacabables y a su contemplación muda y extática.

«Somos como dioses—decía algunas veces César—; este amor nuestro es tan grande, tan infinito, tan creador, que sólo tiene otro parecido: el que debió sentir Dios al crear el Universo.»

Y era verdad: había algo divino, había algo celestial en aquel sentimiento, formado de fuego y de ansias inmateriales, que merecía tener—como tenía—por testigo la Naturaleza, fecunda y suprema, y por bendición el cielo, infinito e inmortal.

Volvieron a Roma. Una tarde se citaron a la puerta del teatro Marcelo, y Margarita no acudió. Aquello era insólito; jamás la enamorada había faltado a ninguna cita; ni siquiera una vez se retrasó. César esperó una hora, y al cabo se encaminó Corso adelante hacia la plaza

Colonna, donde se hallaba situada la pensión que habitaba Margarita. Al llegar allí, una mujer calabresa, delgada y morena, que hacía las veces de pupilera, le comunicó que aquella mañana un caballero se había llevado a Margarita Lubeck a España. Preguntó al muchacho si había dejado alguna carta para él, y la mujer le dió un sobrecito rosa, perfumado con opopónax. En cuatro líneas, su novia le decía que marchaba a Madrid a casarse; le pedía perdón y acababa diciendo que procurase olvidar lo pasado.

Ver al Sol apagarse de pronto, notar que la Tierra se detenía en su volutar continuo, asistir a la resurrección de una momia, no le habría dejado a César Russel más estupefacto. Hacía un gran rato que la mujer calabresa había cerrado la puerta del piso, y aún seguía el español parado en el descansillo, mirando sin ver; al cabo, paso a paso, abstraído y anonado, comenzó a bajar la escalera. Al llegar a la plaza Colonna, también insensiblemente, sin querer, fué rompiendo la carta a pedacitos...

II

Y el pasado vuelve

Las sombras de la noche habían ido invadiendo los ámbitos del despacho. Sólo la figura de César, rojizamente iluminada por el fuego de la chimenea, se destacaba en la oscuridad, dando al cuadro la apariencia viril de un aguafuerte.

El médico continuaba dejando volar la imaginación hacia los tiempos lejanos de su pasado. Había vivido tan de prisa, con el alma tan lacerada por el dolor de la pérdida de Margarita, que a sus treinta años, y habiendo transcurrido ocho desde que perdió de vista a su amada, se creía un viejo, un viejo con todos sus desengaños y desilusiones.

Siguió recordando que a la marcha de Margarita se sucedió la suya, llevando como equipaje los lienzos que a su lado había pintado ella y, como propósito firme, encontrar a la hermosa.

Pero fué en vano; cual si las fauces de Madrid se la hubieran tragado, su novia no parecía. Visitó los teatros más elegantes, recorrió los lugares más concurridos, discurre por los paseos más frecuentados y jamás tropezó con Margarita. Al cabo, el tiempo fué venciendo su actividad febril; el recuerdo de ella seguía reinando imperecedero en su corazón; pero César, ya habituado a su soledad de soltero desengañado, buscó en el trabajo un lenitivo a sus tristezas, y lo halló.

Montó una clínica y abrió un consultorio, especializándose en afecciones de procuraba rectificar en seguida, pero que blandecimiento medular, y como tenía dinero de sobra y no necesitaba de la carrera para vivir, ésta empezó a proporcionarle grandes ingresos: lo contrario que suele suceder a quienes buscan en el trabajo un medio de vida.

En poco tiempo tuvo un renombre envidiable, y algunas curas de victorioso resultado le pusieron rápidamente en la cumbre.

Los años pasaron, y con los años la imagen de Margarita fué tomando distinto colorido en el rincón de sus recuerdos. Ya no veía aquella muchacha de linda cara y corazón bueno, sino que, quizá por un fenómeno raro de su primera impresión de enamorado, le perseguía en sus vigilias el cuerpo palpitante y espléndido que le sobrecogió de sorpresa en el Pincio. Se imaginaba a Margarita envuelta en una clamide muy ceñida, con los brazos abiertos y ofreciéndole su boca de púrpura, que ardía como una antorcha. Y le parecía que se acercaba a ella, y ardía él también con un fuego interno y devorador, que convertía en cenizas su organismo.

De día el trabajo le hacía olvidarla; pero por las noches la visión se convertía en una pesadilla alucinante que le enloquecía y domeñaba, haciéndole presa de un insomnio martirizador, horrible.

César Russel sufría, lloraba, salía de madrugada y no volvía a su casa hasta bien entrada la mañana, temeroso de quedar solo en su alcoba con el torturador fantasma; se desesperó, sintió terrores de niño y temblores de viejo. Trató de calmarse con hipnóticos, y para ello aplicóse fuertes dosis de sulfonal y cloral, sin conseguir más que una mayor excitación al despertarse; por fin, comprendiendo que todo ello no era sino una neurastenia que acabaría en demencia, cortó por lo sano y se puso en cura.

Triunfó de sí mismo.

Fué aquel triunfo uno de sus éxitos médicos más formidable y menos conocido. Ahora, en la paz de la habitación a oscuras, César Russel tuvo un gesto de conmiseración por los sufridos dolores y se levantó dando un suspiro de fortaleza.

En el fondo de la casa, un timbre había sonado vibrante. Hubo una pausa y apareció un criado anunciando la visita de un cliente. Algo extrañado por la hora imprevista, César despidió al criado y

marchó hacia el despacho majestuoso pasillo adelante. Llegó ante la puerta, apoyó la mano en el picaporte y entró. Y fué tal el choque que recibió su sistema nervioso, que César Russel retrocedió hasta la pared y quedó apoyado en ella, mirando hacia el centro de la estancia con los ojos muy abiertos.

¿Era alucinación, fantasma, ensueño o realidad? Algo asustado, con el temor de que sus días de sufrimiento psíquico volvieran, extendió sus manos adelante para repeler la supuesta agresión, y notó que unos labios de fuego besaban sus dedos distendidos y un llanto de mujer los anegaba.

Y reaccionó. Vió en su cliente una figura ya conocida, suplicadora y tremante, que le atraía, le enlazaba. Y pudo murmurar dulcemente, libre de una opresión de muchos años, un nombre adorable: —¡Margarita! ¡Margarita!

Sintió bajo sus brazos el admirable cuerpo que palpataba estremecido, y lo estrechó contra el suyo. Lo estrechó con una mezcla de deseo y respeto, de adoración y reproche, de fiereza y dulzura.

—¡Margarita!... Y por respuesta, la voz de ella, que era una confesión de culpa, una declaración de amor aún vivo y un ofrecimiento de paraísos deliciosos: —¿Criste que no volvería, ¿verdad?—

Y tras una pausa—: ¡Te quiero tanto!

Y su abrazo fué tan intenso, que abarcó toda la amplitud del Cosmos y la pequeñez de unos segundos.

*

Súbitamente, cuando los labios se habían separado para unirse de nuevo con prontitud, César repelió a Margarita, la arrojó lejos de sí, mirándola con fijeza, como si quisiera matar algo interno que descubriese en el alma de ella, y la disparó esta frase insultante: —¡Pero estás casada! Vienes a mí cuando ya otro se sació de tu belleza.

Margarita, irguiéndose dominadora y altiva, sonrió triunfalmente. Después, con humildad, como ella acostumbraba hacerlo, como lo hacía en Roma y lo hizo en Vercelli, se acercó a él y con mucha dulzura le repitió: —No; calla. Tú no sabes nada de mi pasado. Siete años fuera de España han hecho que no pudiese verte en ese plazo; pero cuando hace tres días vine a Madrid, y oí tu nombre ya popular, y averigué tu domicilio, no vine a recordarte una traición, ni volví a gozarme en una ofensa. He venido hasta ti para ofrecerte las primicias de mi amor de enamorada y el edén de mi cuerpo de mujer, que, después que tú, nadie ha tocado.

Fué entonces cuando César, en el colmo del asombro, suplicó que aclarase sus palabras, y fué entonces también cuando Margarita habló, y a su vez resucitó el pasado.

Con voz empañada por la emoción justificó su brusca desaparición de Roma. Su padre, Isaac Lubeck, aunque vivía en Madrid, tenía importantes negocios en Brea. Socio comanditario y con participación en las ganancias era un australiano, Máximo Brunique, hombre de apariencia honrada, pero de oscuros hechos. Lubeck había puesto en él toda su confianza, y Máximo pagaba el favor traicionando al alemán.

Los motivos de aquella traición, bien planeada, no eran unos motivos ambiciosos, sino más bien carnales, y, aun mejor, sentimentales. Brunique había conocido a Margarita en un viaje a España, y la impresión que produjo en su ánimo la hija de su socio se tradujo bien pronto en una petición de matrimonio. Margarita fué consultada, y declaró que aquel hombre no era de su agrado. Isaac Lubeck, que jamás pensó en forzar la voluntad de la muchacha, anunció al australiano el fracaso de sus gestiones. Máximo fingió una gran pena y se volvió a Alemania. Al cabo de un año, como no hubiera dejado de pensar en Margarita—que estaba pensionada en Italia—, se las arregló de tal modo que arruinó a su socio.

Lubeck supo el desastre una mañana que esperaba fondos de Brea, y al enterarse de la noticia se metió en su despacho, arregló sus papeles importantes y se pegó un tiro en la boca. Al mismo tiempo se recibía una carta del australiano en la que manifestaba que estaba dispuesto a salvar a Isaac de la miseria si su hija Margarita accedía a casarse con él. Raúl Lubeck, un tío carnal de la niña, se puso al timón de la desbarbolada nave de aquella casa, y contestó a Brunique afirmativamente. Sucedió lo que sucediese, su sobrina casaría con Máximo—de esa manera se veía libre de compromisos monetarios—; y Raúl marchó a Roma, trajo a la muchacha engañada, y sin que ella se diera cuenta exacta del por qué de tan raro viaje, la desposó con aquel individuo.

Cuando los dos quedaron solos en la alcoba nupcial fué cuando verdaderamente se dió cuenta Margarita del atropello horrible que había tolerado. Y su corazón y sus sentidos se rebelaron indomables. Máximo se acercaba a ella, dispuesto a abrazarla como esposa, y ella, de pie en el centro de la estancia, extendió las manos y le gritó descompuesta: —¡No te acerques! ¡No te acerques! Algo extrañado, se detuvo el austra-

alcoba nupcial fué cuando verdaderamente se dió cuenta Margarita del atropello horrible que había tolerado.

Y su corazón y sus sentidos se rebelaron indomables.

Máximo se acercaba a ella, dispuesto a abrazarla como esposa, y ella, de pie en el centro de la estancia, extendió las manos y le gritó descompuesta:

—¡No te acerques! ¡No te acerques! Algo extrañado, se detuvo el austra-



Por su aroma exquisito, y por la blancura y suavidad que comunica á la piel, el jabón

Heno de Pravia es el predilecto de las nenas.

Perfumería Gal. 1,50 la pastilla.

liano. Por la imaginación de la mujer pasó el fantasma de sus amores en Roma, su palabra y juramento dados a otro hombre, y gritó de nuevo: —¡No te acerques!

—¿Pero por qué?—dijo él—. ¡Te amo apasionadamente, Margarita!... ¡Ven!... Y casi tocó sus brazos con las manos temblorosas.

—¡No, no! ¡Quita!—rugió la alemana—. ¡Jamás podría resistir! ¡Eso nunca!

Y doblaba sus dedos sobre el pecho, apenas cubierto por la batista de su enagua.

Tras nuevas tentativas él se impacientó. —¡Bah! ¡Es ridículo! Al fin y al cabo, soy tu marido.

Cogió a Margarita violentamente y trató por la fuerza de besar sus labios. Pero ella, exasperada, con esfuerzos titánicos, se debatía, se soltaba. Fué una fúchra cruel e interesante; el australiano gruñía rencoroso; la bella jadeaba y se defendía tenaz. Hasta que al fin, agotadas las fuerzas y en una última defensa, increpó al marido: —Bien, sí, seré tuya; pero nada habrá puesto de mi parte porque no te quiero; te desprecio.

Máximo Brunique la miró largamente, asombrado; aquellas palabras habían hecho tal mella en su interior, que se vistió, y de madrugada como era se fué al jardín a pasear. Margarita se echó sobre un sillón y lloró con amargura. Tal fué su noche de bodas.

—Luego—acabó Margarita—nos fuimos a vivir a Brea, y siempre ha sido igual. Mi intransigencia ha dado lugar a muchísimos disgustos; pero tu amor siempre ha sabido prestarme fuerzas, y jamás he sucumbido a Máximo. ¿Has sabido tú guardarme el mismo respeto?

César Russel murmuró: —Te juro que sí.

Y ella añadió tras una pausa: —¡Me perdonas todo, César, me perdonas?

—Sí, ángel mío, todo. ¿Cómo no hacerlo si me has dado la mayor prueba de amor que yo podía desear?

Cuando Margarita y César salían de casa de éste sonaban las nueve en algunos relojes. Llovía a cántaros, a torrentes, a cataratas; no se veía un alma en toda la calle, encharcada y oscura; pero a César Russel le pareció que había salido el sol y uno de sus rayos le envolvía a él, junto con su amada.

INTERMEDIO

Ahora habla el autor

Ahora habla el autor, porque siente un irresistible deseo de sincerarse.

Y confiesa que, contra la corriente moderna, es un sentimental. Su sentimentalidad le ha ocasionado muchos malos ratos y algunos disgustos; pero no por eso puede abjurar de ella. Y en el momento de ir a empezar el desentene de esta historia, se halla profundamente apenado. Por su desgraciada condición ha llegado a encariñarse tanto con los protago-

Compra un PACKARD que es el mejor automóvil

Sociedad : Teatros : Miscelánea

Sé cliente de NEW ENGLAND y cuanto uses será elegante

nistas, siente tanta admiración por el constante amor de César Russel...

Teme, porque al final de la historia cambia completamente de forma el decorado que hasta aquí ha servido de fondo a sus figuras...

Si el marido de la dama muriese, claro está que el relato tendría un lógico y natural remate...

III

César observa varias cosas raras

Ya el Sol se ponía tras el paisaje riñeño, cuando el auto se detuvo para dar lugar a reparar un neumático reventado.

El mecánico saltó al suelo y cerró con rabia la portezuela.

—¿Para cuánto tiempo tenemos detención, Julio?—indagó César.

—Para media hora, señorito—repuso el servidor despojándose de la chaqueta. Y añadió sin ocultar su ira: —¿Podía haber esperado a estallar cerca de casa!

Margarita, hiriendo el piso del coche con su pie, murmuró rabiosa: —¿Qué fastidio!

Y César, que había ayudado al muchacho a armar el gato, volvió al lado del auto y preguntó a su amada: —¿Quieres que paseemos un rato para dar tiempo al arreglo?

Ella asintió. ¿Qué hacer si no? Bajaron al camino, lo cruzaron y salvaron la cuneta de un salto. Luego internáronse ambos entre los pinos hasta perder de vista la carretera.

La arboleda, tupida y exuberante, amenguaba mucha luz al crepúsculo, dejando el pinar casi a oscuras.

Margarita y César, cogidos por el brazo, caminaban en silencio. La estúpida detención en mitad del camino les había agriado el humor, y ninguno de los dos se sentían con ganas de bromas.

Volvían de Las Rozas. Constituía aquel pueblo, próximo a Madrid, pero alejado de su tráfico, un apacible y seguro refugio para un amor clandestino. Allí Russel había alquilado por dos años una «villa» pequeña y alegre, que ocultaba a ambos amantes de las miradas fiscalizadoras de las gentes todos los días festivos y multitudinarios de labor.

La quinta de Las Rozas llegó a ser para ellos un lugar lleno de delicias y encantos; su huerta, breve y cuidada; la terraza, adornada con plantas y cubierta por un ancho toldo de lona; el saloncito «del café»; la alcoba, blanca y risueña; hasta los pájaros, que piaban incansablemente entre las hojas estremezadas de la parrá, y «Coturno», un perrazo enorme y cariñoso, de pelo muy largo y mirada leal, eran para ellos motivos de alegrías y regocijos.

Ultimamente César se hallaba algo pensativo. No motivaba aquel estado de ánimo la amenaza constante de «que lo supiesen» el marido, Máximo Brunique, a quien Margarita recordaba constantemente con terror, ni mucho menos las reclamaciones de los enfermos, que asediaban a cartas a César, quejándose del abandono en que los había dejado—no tenía horas de vida más que para Margarita—, sino porque de algún tiempo antes, de cuando pasó su primer arrebatado amoroso, había notado en su amada cambios verdaderamente extraños. Un día era una frase desgarrada y chula, dejada escapar en su conversación, frase impropia de la sensibilidad de la hermosa, y que entrístala visiblemente a César; otro día era un gesto, un ademán bajo y plebeyo, que procuraba rectificar en seguida, pero que Russel cazaba al momento. Ni denunció sus descubrimientos, ni le hizo comprender a ella que había sorprendido aquellos cambios. Siguió observando y calló, en espera de ocasión más propicia para saber la verdad.

Ahora, paseando por el pinar, llegaron a uno de sus límites; era una especie de plazoleta, desde donde se divisaba el paisaje con toda la fuerza palpante de los anochecidos.

—¿Nos sentamos, Margarita?—Bueno.

Lo hicieron en un ribazo, y callaron nuevamente. Frente a ellos, el campo, que se extendía hasta el horizonte, tomaba un color rosa que le prestaba una gran originalidad. A la derecha, una casita baja, rodeada de un vallado rústico y próxima a un arroyo, que se desarrollaba en zig-zag, se alzaba como una nota suave y amable.

—¿Veía, Margarita—habló César al tiempo que sacaba de su bolsillo un block de papel y un lápiz—, es un capricho... ¿Por qué no tomas un apunte de estos alrededores? Pondrías la fecha debajo, como hacías en Vercelli y en Aosta, y luego recordáramos esta tarde, como ahora recordamos otras muchas.

Era la primera vez, desde que habían vuelto a encontrarse en la vida, que Margarita dibujaba delante de Russel. La muchacha abrió unos ojos extrañamente asombrados; después, como si hubiese estado recordando algo, repuso: —No, déjalo. Ahora no tengo ganas. El insistió.

—¿Anda, Margarita! Me proporcionas tanto placer! Ya te he advertido que es un capricho. Volvió ella a negarse, y él a suplicar, y la porfía se repitió varias veces. Por fin, tanto habló César, que la alemana, con un gesto de rabia, tomó el block.

—Trae! Tanto dirás!... Pero te repito que ahora no tengo ganas, y seguramente saldrá un buñuelo. Russel sonrió y se dijo para su interior: —Siempre será una nena voluntariosa! Creer que puede hacerlo mal! La mujer dibujaba en silencio, los labios contraídos y el pulso temblón; después de muchísimas vacilaciones y muchas dudas, devolvió el block a César.

—Toma, ya está. El hombre extendió su vista por el papel. ¿Qué era aquello? Esperaba ver la línea recia y firme de los otros dibujos de Margarita, y en su lugar vió un trazo tembloroso, inseguro, algo que quería ser un dibujo y no pasaba de ser un mamarracho, uno de esos monigotes que pintarrajean los niños y enseñan triunfalmente a sus padres, satisfechos, como si el «monito» fuera «La campana de Huesca», de Casado del Alisal. ¿Qué significaba aquello? Margarita jamás había hecho cosa semejante.

La alemana se volvió a él, y viendo su rostro estupefacto dijo: —Te extraña que esté mal, ¿verdad? En los ocho años de separación no he dibujado nada; he perdido la costumbre. ¡Bah! Tal disculpa no era admisible. César Russel, perplejo, torturaba su cerebro en busca de una solución. Era aquella una de tantas cosas raras que había observado en su amada, y a las que no hallaba el por qué ni la razón.

En el aire se extendieron unos prolongados bocinazos. El mecánico—una vez concluida su tarea—les avisaba que podían continuar la marcha. Se levantaron; fueron hacia el auto...

IV

La emboscada de Sinigaglia

—«Coturno»; toma, «Coturno!» Llamó al perro, cuya masa negra acertaba a verse junto a las tapias, y esperó dejando la cazuela de barro en el suelo.

¡Ah, qué frío! Levantóse el cuello del abrigo de pieles hasta cubrirse la nariz, y pateó en la arena.

La noche, negra como un fangal, era, además, cruda y helada; el aire, apenas contenido por la altura de los tapias, hería el rostro, levantando piedras y tierra del suelo del jardínillo.

¡Maldita noche! Por un capricho de Margarita—los caprichos de Margarita no admitían negativa—se veía obligado a pasar la noche allí, en la «villa» de Las Rozas, en pleno mes de noviembre y en no menos pleno campo, aunque en el fondo maldecía el estúpido capricho de la bella. Habían cenado juntos los amantes, aprovechando una ausencia del marido, y al concluir la cena e ir a acostarse, salió Russel al jardín a darle la comida al perro, que estando hambriento hacía verdaderos estragos en el gallinero.

Llamó de nuevo impaciente: —«Coturno», ven! «Coturno!» El animal no se movió. Russel, exasperado, echó a andar hacia él.

—Nada más falta que tú me quieras ahora tomar el pelo—murmuró—. ¡Hala, arriba!

Le tocó con el pie, y débil, muy débil, se oyó un resopido del perro.

—¡Vamos, arriba, «Coturno!» Se inclinó y movióse con la mano. ¿Eh? ¿Qué era? Algo viscoso y cálido le mojó los dedos. «Coturno» estaba herido! Tras varias tentativas lució su encendedor automático y miró. Un cuchillo de monte se sepultaba en el pecho del pobre bicho. Aún movió el animal sí cola, indicando que reconocía a su amo. César tiró del mango y sacó el cuchillo de la herida; un chorro de sangre manó de la brecha, y el cuerpo de «Coturno» se estremeció. Luego volvió su vista virriada hacia el hombre y le miró largo rato, hasta que los ojos fueron apagándose y sólo brilló en ellos un pequesísimo destello de vida. Por fin, todo lo borró la muerte.

César, enfurecido, recorrió el jardín revolver en mano, buscando al autor de la salvajada. Fué inútil. Se cansó de correr de un lado a otro, y acabó metiendo el cuerpo del perro en la caseta para enterarlo al día siguiente, y entrando él en la quinta.

Le contó todo a su amante. Ella casi lloró al saber la noticia. Quería tanto a «Coturno!» Mal impresionados y entristecidos, subieron a la alcoba.

Margarita se durmió en seguida; César estaba desvelado; le preocupaba aquel rarísimo incidente del perro.

A las dos, cuando ya comenzaba a amodorrarle el sueño, oyó, al pie de la ventana, un silbido apagado. Un silbido que sonó en sus oídos como una señal.

Espetó sin alterarse para no despertar a Margarita. Hubo una pausa, y el silbido volvió a rasgar el aire. Entonces sintió que su amada se incorporaba y se inclinaba sobre él; notó que «su amada» espiaba su sueño...

Fingió dormir. Margarita entonces se levantó, se dirigió a la ventana, la abrió y se inclinó hacia fuera.

César, estupefacto, conteniendo la respiración, oyó que la mujer decía: —¡Sube!

¿Qué significaba?... ¿Cómo?... Pero las facultades mentales de Russel se negaron un momento a funcionar. En el marco de la ventana distinguió la silueta de Máximo Brunique. Sólo le había visto en retrato; pero no le cupo duda alguna: era él.

El australiano saltó a la habitación y dialogó en voz baja con Margarita. —Se ha enterado de lo del perro, ¿verdad?

—Sí—musitó ella. —Tuve que matarlo para que me dejase el paso franco. —¿Y ahora?

—Ahora, vamos con él—y señaló a César, que seguía tendido en el lecho como una estatua.

Máximo sacó un nudo corredizo del bolsillo y avanzó hacia la cama. Cuando iba a echarlo al cuello de Russel, éste se levantó de un salto y le encañonó con el revólver que por previsión milagrosa había guardado bajo la almohada.

Brunique lanzó una interjección y retrocedió hasta la ventana; pero entonces—¡oh, maquiavélica emboscada, digna de César Borgia!—, Margarita se escurrió hasta quedar a las espaldas del amante—que atendía sólo al hombre sin acordarse de la mujer—y le sacudió un golpe enérgico sobre la muñeca extendida. El revólver saltó en el aire y cayó al suelo. Máximo se echó sobre César, y los dos hombres rodaron luchando por la alfombra.

El australiano, muy musculoso, dominó al principio; pero Russel, delgado y ágil, se escapaba de entre sus manos, hurtaba sus golpes y los propinaba él duros y terribles. En uno de ellos, Brunique retrocedió de espaldas hasta el lecho, tropezó y cayó sobre él. César, aprovechando la pausa, saltó por la ventana hasta el jardín, la parra le recibió y sus alambres flexibles le despidieron al suelo, donde cayó de pie, ileso.

Jadeando, medio desnudo, el médico cruzó el huerto y llegó hasta las tapias; allí volvió un segundo la cabeza: la Luna, que brillaba espléndida ahora, acusó la presencia de Margarita en la ventana de la alcoba, y de... aquella ventana brotó un relámpago: un tiro. César tomó impulso, dió un salto y se encaramó a la tapia. Dos detonaciones más restallaron en el silencio del campo. Russel se dejó caer al otro lado de la pared. Sintió calor en una mano; la miró: uno de los proyectiles disparados por Margarita le había atravesado la región palmar.

CONCLUSION

En la que todo se justifica

El amor que sentía por Margarita Lubeck le hizo callar a César lo ocurrido. En su corazón hubo siempre un sollozo y un perdón para la extraña mujer que después de amarle le quiso perder. Muchos años después, un suceso conmovió la opinión. Y fué ello la detención y el procesamiento de dos hermanos australianos, acusados de innumerables delitos. Llamábase él Máximo Brunique y ella Cora Brunique. Cuando los periódicos publicaron los retratos de ambos, César Russel reconoció en la mujer a Margarita.

REYES Y PRINCIPES

El Príncipe Rolland Bonaparte presidirá en Ginebra el Congreso de la Federación Aeronáutica.

TITULOS DEL REINO

Han sido firmados los decretos de rehabilitación de títulos siguientes:

Marqués de Villa Alegre y Castilla y vizconde de Peñalara de Flores, para don Alfonso Pardo y Manuel de Villena Inchausti y Alvarez de las Asturias Bohorques, marqués de Rafal.

Conde de Casa Ponce de León, a favor de D. García Gamero Cívico; y Conde del Troncoso, a favor de don Francisco Javier Castillo.

DIA DE «DIAS»

El día 12, festividad del Dulce Nombre de María, celebrarán su fiesta onomástica los señores siguientes:

Duques de Baena y Osuna; marqueses de Monsalud, Valdavia, Santa Geneviva, Casa Jiménez y Villaverde; condes de Agrela, Ayamans, Catres, Torrenueva de Foronda, Montelirios y Villagonzalo; vizconde de la Armería; barones de la Torre, Albis, Torrefiel, Villanueva y Horat; señores de Benlliure, Muro, Agrela, Semprún, Maldonado, Díaz de Mendoza, Albiñano, Ordóñez, García Vergara, Minuesa, Gimeno, Araquistain, Boxán, Barrio, Barsi, Díaz de la Quintana, Altolaguirre, Frías, Español, Ripollés, Covisa, Villar, Montero, Pedregas, De Pedro, Salcedo, Alonso Sanchiz, Cies, S. Dueñas, F. Tejerinas, Martín Fernández, Barber, Viscasillas, Daza de Campos, Tortosa, Barroso, Ceires, G. Canales, Alcocer, Castillo González, Martínez García, Herrero, Caro, Arroyo, Carretero, Ortiz, Naeya, Martín Campos, Perellada, Vega Inclán y Vázquez Zafra.

UNA COMIDA

Los señores de Olazábal han dado un almuerzo en honor de los Príncipes Sixto de Borbón-Parma, que se encuentran actualmente en Biarritz.

A la comida asistieron, además de Sus Altezas Reales, la condesa y el conde de Cuevas de Vera, la marquesa y el marqués de Jancourt, la marquesa y el marqués de Mohernando, la marquesa y el marqués de Salamanca, la marquesa de San Carlos de Pedrosol, los señores de Candamo (don Gonzalo), la duquesa y el duque de Laurino, madame Andro y D. Narciso Pérez de Guzmán, hijo de los condes de Torre Arias.

CAPITULO DE BODAS

En la iglesia de Santos Justo y Pastor se ha verificado el enlace matrimonial de la señorita Elisa Sánchez Navarro con D. Francisco Santiago Carmona.

Apadrinaron a los contrayentes los padres de la novia, D. José María Sánchez Claramonte y doña Elisa Navarro Espinosa.

Firmaron el acta matrimonial como testigos, por parte de la desposada, D. Ernesto Candel, D. Antonio Muñoz Torner y D. Ramón del Campo Salazar. Por el novio firmaron D. Francisco Espinosa Ayra, D. Francisco Torres Buisan y nuestro compañero D. Alejandro Pizarro.

A la ceremonia concurrieron numerosas familias, amigos de ambos contrayentes. Enviarnos nuestra más sincera felicitación a los nuevos esposos, a los que deseamos una eterna luna de miel.

En Barcelona han contraído matrimonial enlace el joven D. Pedro Coll Munsant y la señorita Mercedes Vendrell Cavallé.

Fueron testigos, por parte de la novia, D. Francisco Cuchi y D. Pablo Caralps, y por la del novio, D. Miguel Bernades y D. Ramón Rodón, alcalde de Canet de Mar.

A mediados del presente mes contraerá matrimonio en Lezo, con la señorita Angelita Miñón, D. Norberto Alfaro. Los nuevos esposos fijarán su residencia en San Sebastián.

PETICION DE MANO

Ha sido pedida la mano de la señorita María Luisa Asensio Torrado, hija del comandante de Marina de San Sebastián, por el interventor de la Fábrica Nacional de la Moneda y Timbre, D. Ricardo Cis-

El asunto era sencillo: Cora habla de presentarse como si fuera Margarita; después, el golpe—calculado entre los dos hermanos—fracasó y ambos huyeron a Bremen nuevamente.

El Tribunal australiano les condenó a cadena perpetua, y nada volvió a saberse de ellos.

La verdadera Margarita Lubeck murió en su destierro de Tierra Alejandra atacada de paludismo. Aquella muerte, epílogo de una vida de sufrimientos, agrandó la imagen de la adorada en el corazón de César hasta llegar a lo inconcebible.

NOTICIAS DE SOCIEDAD

REYES Y PRINCIPES

El Príncipe Rolland Bonaparte presidirá en Ginebra el Congreso de la Federación Aeronáutica.

TITULOS DEL REINO

Han sido firmados los decretos de rehabilitación de títulos siguientes:

Marqués de Villa Alegre y Castilla y vizconde de Peñalara de Flores, para don Alfonso Pardo y Manuel de Villena Inchausti y Alvarez de las Asturias Bohorques, marqués de Rafal.

Conde de Casa Ponce de León, a favor de D. García Gamero Cívico; y Conde del Troncoso, a favor de don Francisco Javier Castillo.

DIA DE «DIAS»

El día 12, festividad del Dulce Nombre de María, celebrarán su fiesta onomástica los señores siguientes:

Duques de Baena y Osuna; marqueses de Monsalud, Valdavia, Santa Geneviva, Casa Jiménez y Villaverde; condes de Agrela, Ayamans, Catres, Torrenueva de Foronda, Montelirios y Villagonzalo; vizconde de la Armería; barones de la Torre, Albis, Torrefiel, Villanueva y Horat; señores de Benlliure, Muro, Agrela, Semprún, Maldonado, Díaz de Mendoza, Albiñano, Ordóñez, García Vergara, Minuesa, Gimeno, Araquistain, Boxán, Barrio, Barsi, Díaz de la Quintana, Altolaguirre, Frías, Español, Ripollés, Covisa, Villar, Montero, Pedregas, De Pedro, Salcedo, Alonso Sanchiz, Cies, S. Dueñas, F. Tejerinas, Martín Fernández, Barber, Viscasillas, Daza de Campos, Tortosa, Barroso, Ceires, G. Canales, Alcocer, Castillo González, Martínez García, Herrero, Caro, Arroyo, Carretero, Ortiz, Naeya, Martín Campos, Perellada, Vega Inclán y Vázquez Zafra.

UNA COMIDA

Los señores de Olazábal han dado un almuerzo en honor de los Príncipes Sixto de Borbón-Parma, que se encuentran actualmente en Biarritz.

A la comida asistieron, además de Sus Altezas Reales, la condesa y el conde de Cuevas de Vera, la marquesa y el marqués de Jancourt, la marquesa y el marqués de Mohernando, la marquesa y el marqués de Salamanca, la marquesa de San Carlos de Pedrosol, los señores de Candamo (don Gonzalo), la duquesa y el duque de Laurino, madame Andro y D. Narciso Pérez de Guzmán, hijo de los condes de Torre Arias.

CAPITULO DE BODAS

En la iglesia de Santos Justo y Pastor se ha verificado el enlace matrimonial de la señorita Elisa Sánchez Navarro con D. Francisco Santiago Carmona.

Apadrinaron a los contrayentes los padres de la novia, D. José María Sánchez Claramonte y doña Elisa Navarro Espinosa.

Firmaron el acta matrimonial como testigos, por parte de la desposada, D. Ernesto Candel, D. Antonio Muñoz Torner y D. Ramón del Campo Salazar. Por el novio firmaron D. Francisco Espinosa Ayra, D. Francisco Torres Buisan y nuestro compañero D. Alejandro Pizarro.

A la ceremonia concurrieron numerosas familias, amigos de ambos contrayentes. Enviarnos nuestra más sincera felicitación a los nuevos esposos, a los que deseamos una eterna luna de miel.

En Barcelona han contraído matrimonial enlace el joven D. Pedro Coll Munsant y la señorita Mercedes Vendrell Cavallé.

Fueron testigos, por parte de la novia, D. Francisco Cuchi y D. Pablo Caralps, y por la del novio, D. Miguel Bernades y D. Ramón Rodón, alcalde de Canet de Mar.

A mediados del presente mes contraerá matrimonio en Lezo, con la señorita Angelita Miñón, D. Norberto Alfaro. Los nuevos esposos fijarán su residencia en San Sebastián.

PETICION DE MANO

Ha sido pedida la mano de la señorita María Luisa Asensio Torrado, hija del comandante de Marina de San Sebastián, por el interventor de la Fábrica Nacional de la Moneda y Timbre, D. Ricardo Cis-

Russel mandó hacer una reproducción de «La victoria de Samotracia», comen-tiendo el atentado artístico—perfectamente disculpable—de ordenar que la esculpiesen con cabeza, siendo ésta la de Margarita Lubeck. Colocó la estatua en su despacho. El médico—cuyo cabello era ya de plata—gustaba de contemplar el mármol al caer las tardes, y la contemplación solía traerle, en confuso tropel, recuerdos de Italia, del Pincio, de Margarita. Y...

Aquí termina la historia de César Russel.

La boda se celebrará en la capital donostiarra el día 24 del actual.

NATALICIO

Ha dado a luz una niña en Astillero (Santander) la señora del capitán de la Guardia Civil D. Alfredo Escobar, hija del ex concejal del Ayuntamiento de Pamplona D. Antonio Millor.

BAUTIZO

En San Sebastián ha sido bautizado el hijo de los señores de Angulo (D. Antonio), que fué apadrinado por sus abuelos, la marquesa de Caviedes y D. Romualdo García Ogara, imponiéndosele el nombre de Rafael.

NOTAS VARIAS

La condesita Mercedes Munter ha recibido un precioso retrato de Sus Majestades con un cariñoso autógrafo del Rey. La felicitamos sinceramente por tan delicada prueba de real aprecio.

—Se encuentra enferma la esposa de D. José López Gómez.

NECROLOGICAS

Ha fallecido en esta corte D. Esteban Crespi de Valldaura y Fortuny, conde de Castriello, con grandeza de España.

También estaba en posesión de los condados de Orgaz y de Sumacárcel. Era senador del Reino por derecho propio por ser grande de España, gentilhombre de cámara de S. M. el Rey con ejercicio y servidumbre y maestrante de Valencia.

Era hijo del marqués de la Vega de Bocillo y de doña María Margarita Fortuny. Estaba casado con doña Pilar Cervero y Aleivar, hija de los condes de Sobradisa, y deja de su matrimonio cinco hijos: don Agustín, D. Esteban, D. Joaquín, D. Mariano y doña María.

Hermanos del finado son D. Carlos, conde de Serramagna, y D. Manuel, marqués de Musey. También lo era el marqués de la Vega de Bocillo, recientemente fallecido.

A toda su familia enviamos la expresión de nuestro sincero pesar.

VIAJES

La duquesa viuda de Frías y su hija han marchado a Venecia.

—Se encuentra en Salamanca la duquesa viuda de Tamames.

—El duque del Infantado ha llegado a esta corte, con objeto de acompañar en su ingreso en la Academia de Ingenieros de Guadalajara a su hijo D. Inigo de Arteaga, que obtuvo, como es sabido, el número 1 en los recientes exámenes.

—Han regresado a Madrid, de Medina del Campo, los vizcondes de San Antonio.

—Han regresado de San Sebastián la señorita Mercedes López, acompañada de su hermana Soledad y su sobrino Federico.

—La marquesa viuda de Seijas y sus hijas se hallan en Bilbao.

—Los marqueses de Villatova han llegado a San Sebastián, después de pasar una temporada en Llodio.

—Ha llegado a Madrid el nuevo ministro plenipotenciario de Venezuela, general Martínez Méndez, con su señora, doña Indalecia Gómez, hermana del Presidente de aquella República.

El general Martínez Méndez presentará sus credenciales a su regreso de algunas capitales de Europa, que marcha a visitar.

—Se encuentran en Limpías el conde de Albox y los señores de Eguilior.

—Recientemente ha llegado a San Sebastián el marqués de Alonso Martínez.

—Los marqueses de Comillas marcharon a San Sebastián.

—La marquesa de Moret y sus hijos vinieron de Zarauz.

—Marcharon a El Escorial los señores de Hergueta (D. Fernando).

—De San Sebastián a Vichy se han trasladado los condes de Finat.

—De Cauterets a Biarritz, el marqués de Sancha.

—Regresó de Galicia la esposa del director general de la Deuda.

—También han regresado de su veraneo en las dos mencionadas ciudades el director de Prensa Gráfica, D. Francisco Verdugo, y su esposa.

PALACE HOTEL
RESTAURANT
BODAS, BANQUETES Y FIESTAS

LA MODA AL DIA

Las más lindas toilettes están en
LA VILLA DE PARIS
Tailleurs - Visitas - Soirée

A LAS LECTORAS

RECIENTE NACIDOS

Ya hace bastante tiempo que no me he ocupado de los niños, y esta vez voy a dar la preferencia a los recién nacidos.

La ropa de estas criaturas ha de confeccionarse en tejidos muy flexibles y finos, de algodón o hilo suave. Muchas mamás confeccionan las primeras ropitas con lienzos ya usados: restos de camisas de señoras, de sábanas finas, etc. Es una buena idea; la epidermis de las criaturas recién venidas al mundo es tan delicada, que los tejidos nuevos, siempre algo rígidos, les son desagradables.

No conviene confeccionarles una canasilla demasiado completa, como suelen hacerlo algunas mamás ilusionadas. Crecen a esta edad repentinamente, y no gastan la ropa; de modo que el equipo queda inservible en seguida.

Para los primeros meses, cinco o seis prendas son suficientes; ocho en la segunda edad. Generalmente se confeccionan en una sola pieza, sin costura debajo de los brazos; una simple abertura para las mangas. Estas se hacen largas o cortas; pero en los primeros meses es preferible que sean largas.

El cuello poco escotado y bordado, así como las mangas y el bajo de la camisita, de una puntillita estrecha.

Las camisitas han de ser muy cortas, para que no se humedezcan; son abiertas en la espalda, para vestir al niño con facilidad sin necesidad de descoyuntar sus tiernos miembros, y sin botones; pero bastante anchas, de manera que se abroquen diez centímetros y se cierran bien.

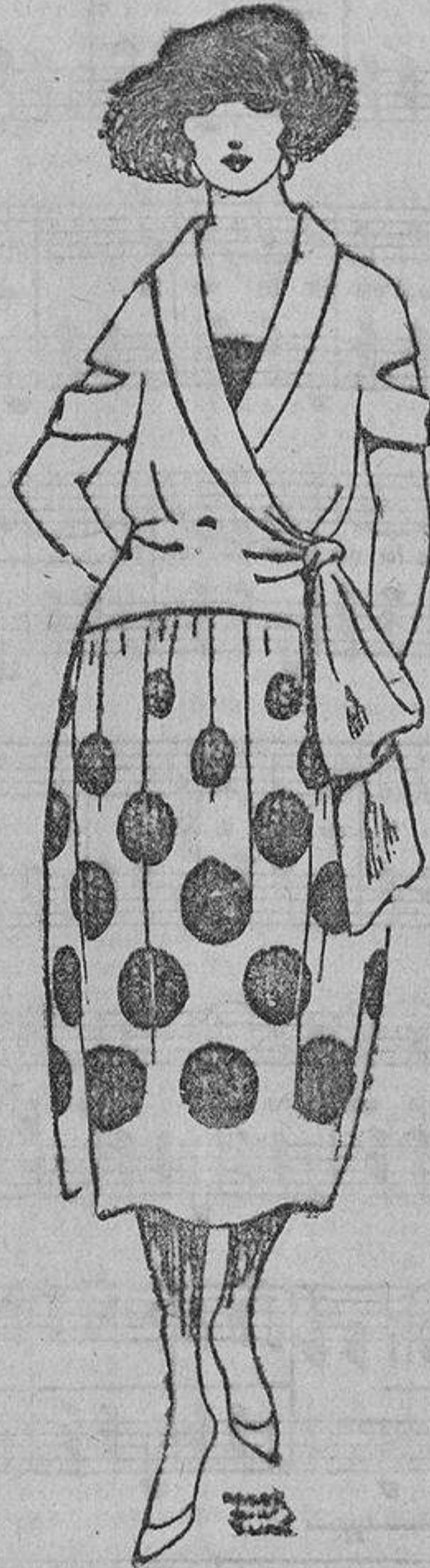
El jubón puede ser de piqué, muletón en invierno y de un tejido más ligero para verano; se cierra con dos o tres botones aplastados. En invierno lleva, además, una chambrita de franela, que se coloca entre la camisita y el jubón; las tres prendas se introducen una dentro de otra, para vestir al niño de una sola vez. Las manguitas vienen encima del codo, para no entorpecer los movimientos.

Los pañales han de ser de hilo muy flexible y aun mejor usados, sábanas, mantiles, etc... Encima la mantilla de franela de lana, que conserva el calor aunque se humedezca; todo ello cubierto por un faldón largo de forma poco complicada.

En los primeros meses la criatura lleva



Un «sweater» debe ser de tela gruesa, bien sea en seda o lana, y de forma sencilla; unos bolsillos y un cuello bufanda para completarlo.



De tafetán, muy flexible, pan tostado, era el modelo, y adornándolo tenía unas grandes motas de terciopelo tabaco. Puede coplarse también en blanco y negro.



Otro sweater, este de tejido esponja en seda color canario, bordado en azul porcelana.

un babero que protege el faldón o el juboncito; para casa se hacen lo más sencillos posible, de piqué, muletón festoneado o bordado, sin volantes, para lavarlo con facilidad. Para salir, todos los lujos y coquerías están permitidos: finos linones bordados, incrustados y adornados con finos encajes, colocados en volantes; pero se ha de procurar poner debajo uno sencillo de muletón para que resulte más eficaz.

Los faldones de calle se hacen en linón, en muselina suiza o en tul, adornados con puntilla de Irlanda, Valenciennes, etc... y numerosos pliegucitos finos; el tul se borda con «soutache». Los visos en colores ya no están de moda, se prefieren los visos blancos; como adorno las cintas de colores, o aún más elegante minúsculas guirnalda de florecitas «rococo», colocadas en ramilletes o en coronas.

En los primeros días conviene que lleven la cabecita ajustada en un gorrito sencillo y de buena forma, no demasiado abrigado; en cambio, una vez robustecidos, deben suprimirse si coincide el buen tiempo: es más sano y contribuye a fortalecerlos.

Las telas con que se confeccionen los abriguitos deben ser muy esponjosas, suaves, de poco peso, que más que tejido parezcan plumas; igual recomendación para las mantas de la cama, que si pesan demasiado no abrigan más y tienen el inconveniente de impedir los movimientos libres y fatigar a la criatura.

Las mamás deben vigilar cuidadosamente todo lo que se refiera a sus bebés, sin confiar esta delicada misión a manos mercenarias, que nunca pueden tener el interés que una madre, y dejan pasar ciertos detalles al parecer insignificantes y, que a menudo son de importancia vital.

USE USTED PRODUCTOS

ROBERTS

EN TODAS LAS PERFUMERÍAS

estatua de carne parecía destinada a permanecer eternamente estatua, a no transformarse nunca en mujer.

«M. de Gildes, cuando se poseyó de aquella convicción, experimentó al principio una violenta rabia, y después una profunda desesperación. El primero de aquellos sentimientos era natural en un hombre obligado a descender del pedestal que acababa de construirse a sí mismo. Voy a explicar las causas del segundo.

«Todos conocéis la mitológica aventura de Pigmalión y Galatea. Nadie ignora cómo el escultor griego se enamoró perdidamente de la blanca estatua hija de su cincel. El marqués de Gildes sufrió la suerte de Pigmalión... Aquel hombre era alquimista; para él no habían existido jamás las mujeres, ni aun en su juventud, cuyo corazón se había petrificado completamente: fué presa de un amor inaudito, insensato, de un amor de anciano, en una palabra, para la criatura inanimada salida de la nada gracias a él.

«Que los poderes del infierno tengan compasión de mí—exclamó un día en uno de aquellos accesos—. Sufro demasiado... me vuelvo loco... Satanás, ven en mi auxilio... Déjame completar mi obra, dame el soplo de fuego que pueda animar mi ídolo y te entregaré mi vida y mi alma en cambio de un día de dicha.

«Apenas acababa de pronunciar esas palabras, cuando oyó retumbar un trueno, aunque el sol estaba radiante y ni una nube se veía en el cielo. Al mismo tiempo un olor de azufre llenó el cuarto de un humo espeso, oscureció la atmósfera, después se disipó aquel olor, desapareció el humo, y Gildes vió a un diablo de buen aspecto sentado en una gran butaca enfrente de él.

«Aquel diablo no ofrecía en su aspecto nada de espantoso. Parecía joven y de buen humor. Su traje, según refiere la leyenda, era semejante al que yo llevo en este momento.

«El marqués de Gildes había evocado a menudo los espíritus de las tinieblas, y le habían respondido a menudito pero sin mostrarse nunca.

«Sintió, pues, un ligero estremecimiento, pero no dejó ver el terror que experimentaba. En suma, se mostró sereno.

—Mi querido marqués—le dijo el diablo sin aguardar a ser interrogado—, aunque tú no me hayas llamado según las reglas, he venido, y heme aquí dispuesto a servirte. Veamos, ¿qué deseas de mí?

—¿No lo sabes?—preguntó el marqués.

—Lo sé perfectamente; pero juzgo conveniente dejarte exponer tu deseo. Habla, puea, y habla sin miedo.

—Quiero que mi estatua se convierta en mujer. Quiero ser amado por esa mujer.

—Perfectamente. Y si accedo a ello, ¿cómo me pagarás ese favor?

—Ya lo has oído: te daré mi vida y mi alma. ¿Que sea hoy dichoso, y consiento en morir mañana!

—Me propones una cosa tonta, mi querido marqués, pues que más pronto o más tarde debe pertenecerme tu alma. Pero, en fin, soy buen diablo... y acepto. Hago más: te dejaré, no un día para que goces de tu dicha, sino años enteros.

«El marqués de Gildes no daba crédito a lo que oía. Una alegría indecible trastornaba todo su ser. El diablo repuso:

—Voy a darte el poder de transmitir a la estatua mágica una parte de tu alma, una parte de tu vida. La animaré y serás amado. Tanto tiempo como dure tu dicha, no usaré de mis derechos sobre ti. Me pertenecerás únicamente a partir del día en que ya no seas dichoso o que rompas tú mismo tu ídolo. He aquí las palabras que es preciso pronunciar para acabar tu obra, he aquí lo que es necesario decir para reducir esta obra a la nada.

«Y el diablo dió a Gildes dos fórmulas cabalísticas cortas y fáciles de retener, que el anciano grabó en su memoria.

—Ah, señor Satanás—balbució en seguida—, cómo agradecer tanto favor! Hacedis de mí e hombre más feliz del mundo. Estoy pronto a firmar el pacto.

«El diablo se encogió de hombros.

—Firmar!—repitió—. ¡Y aquí! Conmigo el menor compromiso verbal vale más que todas las firmas del mundo. No

—¡Ah!—exclamó Kerjean—. ¡Eso es demasiada audacia!

—No os irritéis, señor barón, porque la cosa me ha parecido graciosa—dijo el intendente de Policía—. Pero decidme, si podéis, quién es esa espiritual, esa prodigiosa criatura.

—¿Y cómo, señor? Lo ignoro por completo. La persona de que habla monseñor, ¿iba vestida de bohemía o de maga?

—De ninguna de esas dos maneras. Llevaba un traje de odalisca de una riqueza y de una elegancia incomparable. Su traje me parece digno de luchar con el de la señora baronesa de Kerjean.

—¿Y qué ha sido de esa maravillosa odalisca, monseñor?

—Ha desaparecido de repente y como por encanto.

—Y bien—dijo Lucas con una sonrisa un poco forzada—, vamos en su busca. Espero de vuestra cortesía, señores, que me auxiliéis en mis pesquisas—añadió dirigiéndose a los nobles que le rodeaban y que se pusieron al instante a su disposición.

Kerjean y aquellos de sus convidados que acababan de unirsele recorrieron los salones en todos sentidos. La maga, la bohemía y la odalisca no se encontraban en ellos.

Desesperado Lucas, interrogó a Maló, que no se había movido del vestíbulo mas que una sola vez, por orden de su amo, y eso durante algunos minutos.

Maló respondió con imperturbable seguridad que ninguna mujer disfrazada de bohemía, de maga ni de odalisca había pasado por delante de él, ni para entrar ni para salir, desde el principio de la noche. Era evidente para Lucas que el fiel criado decía la verdad.

No insistió y volvió al lado de monseñor de Sartines.

—¿Y bien?—preguntó este último.

—Nada, señor, no la encuentro...—respondió el barón.

Y puso al corriente en pocas palabras al intendente de Policía de los pasos que acababa de dar.

—¡Todo esto tiene algo de prodigioso!

—exclamó Sartines riendo—. Bien se ve, señor barón, que éste es el Hotel del Diablo. La triple encarnación femenina desaparecida sin dejar huella alguna de su paso es sin duda una hija de Satanás, que nos ha hecho esta noche los honores de los feudos del reino de su padre. ¿Qué pensáis de lo que digo, mi querido barón?

—A fe de noble, monseñor—respondió Lucas en tono vario—, que soy casi de vuestra opinión.

Un profundo silencio acogió estas palabras, y todos los oyentes sintieron pasar algo extraño por sus cabezas.

Al mismo tiempo se acordaban de aquel penitente negro con el que la señora baronesa de Kerjean no había podido sostener la conversación sin perder el conocimiento, y se preguntaban si no existía alguna misteriosa relación entre el monje de la sombría cogulla y aquella mujer, o más bien aquella aparición extraña, parecida a un camaleón.

Una sola palabra había bastado para reavivar en medio de aquella fiesta deslumbradora la atmósfera de terrores supersticiosos que algunos semanas antes pesaba sobre el Hotel del Diablo, desierto y amenazando ruinas.

XXXI

La leyenda.

M. de Sartines se apercibió de la impresión de asombro que acababan de producir sus palabras; pero como en su calidad de espíritu fuerte no participaba de aquel asombro, quiso darse el placer de aumentarle.

—Señor barón—dijo—, me habéis dado una prueba de verdadero valor comprando este hotel, a pesar de las creencias del vulgo, que le presentaban como morada funesta y maldita. ¿El origen de esos terrores supersticiosos los conocéis? ¿Sabéis por qué la voz del pueblo, que no es siempre la de Dios, ha dado en otro tiempo el nombre de Hotel del Diablo a la espléndida residencia en que hoy nos recibís?

Al pie de tu ventana

Poesía de JOAQUÍN MARIÑO — Música del maestro J. L. MEDIAVILLA

Nos recibió en su sala-despacho, donde vimos las paredes cubiertas de retratos de las más afamadas estrellas de varietés y hasta algunas dedicadas de políticos, toreros, cantantes y actores.

—Seré conciso—nos dijo Mariño—en describirles mi historia del cuplé.

Mis primeras aficiones fueron al teatro desde muy joven, tanto que a los diez y ocho años ya estrenaba picecitas de índole picaresca, rompiendo el fuego con la célebre Chelito, y después con Pilar y Luisa de Vigné, que me estrenaron «Hacia el amor», con música de Juan Gamisau, en el entonces Moulin Rouge, hoy coliseo de la Flor, logrando un éxito tan grande que pasó de las cien representaciones.

Después, y en colaboración con Paco Lozano, hice algunas cosas más para el teatro, luchando con las Empresas y logrando solamente estrenar «El querer de las mujeres», que obtuvo un gran éxito en Madrid y que después se ha representado en Alicante, Valencia, Barcelona y actualmente se está haciendo con éxito en el teatro Mayo, de Buenos Aires.

Ya aburrido del calvario de autor, conocí al inspirado maestro Mediavilla, el cual me propuso ganar unas pesetas si hacía unos cuplés a Emilia Benito. Los hice, y el éxito me alentó para hacer más, logrando grandes éxitos con la Goya, la Montalvíto y otras afamadas estrellas. Entonces fué cuando salió «Al pie de tu ventana», que dió nombre a Salud Ruiz y ésta al cuplé, logrando popularizarlo de tal forma que no hubo cupletista que no lo cantase ni ciego que no diera la «tabarra» con el numerito por espacio de mucho tiempo, haciéndose igualmente popular en toda España, Portugal y en Francia, donde me han hecho distintas traducciones.

Con Mediavilla seguí escribiendo hasta hacer la friolera de cien canciones, que nos estrenaban las mejores artistas; hicimos el «Viva mi tierra», con el que Pastora Imperio hizo tanto furor durante más de un año, y otros muchos éxitos, que no cito por no ser pelma.

Después, creyéndonos en condiciones de escribir algo de más importancia, concebimos la idea de hacer una opereta, y en colaboración con Llovet, en poco tiempo hicimos los dos actos de «Friné», que le llevamos a Sagi Barba, el cual, entusiasmado, nos la estrenó con resonante éxito en el teatro Cómico, de Barcelona, en Montevideo y en Buenos Aires.

También he estrenado con el celebrado maestro Alonso y Lozano, «Mi novio», en el teatro Martín, que gustó mucho. He sido periodista y redactor-jefe de «El Cine», colaborando en periódicos como «Madrid Cómico», «Nuevo Mundo» y «Unión Ilustrada».

Mis colaboradores predilectos lo son

todos y a todos los quiero por igual. He colaborado mucho con Federico Villarzo, un gran músico y buen amigo mío; con el inspirado Sanna, con el gran Barba, con el joven y castizo Eugenio Mufio, con el gran músico Ricardo Yust, con Blanco, con el melódico Bertrán Reyna, que me ha hecho una «Campana veneciana» que está sonando mucho; con el afamado y popularísimo Manolo Font, que ha musicado una «Bandolera brava» que está pegando en firme y hará que me «hinche» esta temporada con él, o mejor dicho, con las preciosidades de números a los que ya ha puesto música y está poniendo, y últimamente hasta he logrado colaborar en tres canciones nada menos que con el autor de «Molinos de viento» y «Cadetes», Pablo Luna. También colaboré con el malogrado Larruga. Tengo colaboración con músicos de Barcelona, como el inspirado Lucarelli, Blat y Cariteu y con el célebre Vicente Quirós, entrañable amigo mío, con el que tengo más de cuarenta números que danzan por todos los «music-halls» de la ciudad condal, y que algunos de ellos, como «La casti-verbe o Pili» ya son del dominio público.

En total, tengo estrenadas por las más afamadas estrellas unas quinientas canciones, siendo de letras uno de los autores que más cobran en la Sociedad.

De actualidad, he estrenado mi revista «Ninfas modernas», en Monte-Carlo, de Barcelona, con música de Bertrán y Mufio, que ha sido el mayor éxito de la temporada, y que fué estrenada con igual éxito en Parisiana, de Madrid.

Y en preparación tengo un sainete con música de Alonso, un juguete cómico, una opereta con Mediavilla y todos los cuplés que se me ocurran y que tenga ganas de hacer.

Esta interesante narración nos hizo el simpático escritor, el que deseamos confirme los éxitos que espera de sus nuevas producciones y que éstos eclipsen a los anteriormente logrados.

Letra de «AL PIE DE TU VENTANA»

Es tu perfume un jardín,
es tu boquita un clavel,
son tus labios un pecado,
más sabrosos que la miel.

Sal a escuchar mi canción,
esté mi pasión a calmar,
que viéndote sólo ansío
tus labios besar, besar.

Refrán.

Al amor, mi amor,
asómate a la ventana,
sal y ve, rosa temprana,
que por ti estoy muriendo de amor.

—Es una leyenda, monseñor.
—¿La conocéis?
—Perfectamente.
—Es bien extraña y terrible?
—Extraña y terrible, sí, monseñor.
—¿Podríamos esperar de vos, señor barón, que nos la refiriérais?
—Estoy a vuestras órdenes, monseñor.
—En ese caso, os escucharemos, y con gran curiosidad os aseguro.
—Comienzo, pues, y para no abusar de la paciencia de mis oyentes; seré lo más breve posible.

El intendente de Policía se sentó frente a Kerjean, en derredor del cual se formó inmediatamente un gran círculo. Desde que existe el Mundo les ha gustado a los hombres los relatos más terribles, aun cuando les espantan esos relatos.

—Hace muchos años—dijo Kerjean—el hotel en que hoy se ven reunidas las mejores familias de la aristocracia francesa pertenecía al marqués de Gildes, último representante de una familia que ya no existe.

«El marqués de Gildes era un noble ya entrado en años, de costumbres salvajes, de extraño humor, vivía apartado del mundo, enemigo del matrimonio, y no salía apenas de este hotel, donde no recibía a nadie, y consagrando sus días y noches al estudio obstinado de las ciencias cabalísticas y de la alquimia. Buscaba, según decía, la piedra filosofal y el gran arte de la transmutación de los metales. La verdad es que ambicionaba nada menos que sorprender las palabras y acciones de los magos, gracias a las cuales aquellos antiguos magos mandaban a los elementos, evocaban los poderes infernales, los reducían a la obediencia, y por formidables encarnaciones daban vida a sustancias inertes e inanimadas.

«El marqués de Gildes se ocupaba además en formar una biblioteca lo más extraña y curiosa que pudiera imaginarse. En aquella biblioteca no entraban mas que obras y manuscritos relativos a sus estudios predilectos, tales como la astrología, la alquimia, y sobre todo la magia. Cada día se llevaba al hotel algún antiguo volu-

men, infinitamente precioso y raro, según decía el que quería desprenderse de él. El marqués lo examinaba con profunda atención, y lo rechazaba en seguida desdenosamente; o bien lo compraba a peso de oro.

«Un día sonó la campana de la verja de hierro, y el suizo abrió a un anciano encorvado y de aspecto bastante miserable. El suizo tomó a aquel anciano por un mendigo y le preguntó:
—¿Qué queréis?
—Traigo un libro al señor marqués de Gildes.
—Veamos.
«El anciano sacó de debajo de su hopalanda un grueso volumen en folio, encuadernado en badana encarnada. Era un manuscrito sobre pergamino, escrito en una lengua desconocida o vulgar y adornado de figuras incomprensibles trazadas con pincel.
—¿Cuánto pedís por esto?—dijo el suizo.
—Diez mil libras.
«Creyendo haber aído mal, el criado se lo hizo repetir al anciano, y como este último persistiera en sus pretensiones, se puso a reír a carcajadas. Sin embargo llevó el manuscrito a su amo, exclamando con aire burlón:
—Señor marqués, el propietario de este libro pide por él diez mil libras.
«M. de Gildes, sin hacer una sola observación, sin expresar la menor sorpresa, colocó el volumen encarnado sobre la mesa delante de la cual estaba sentado y lo abrió. Apenas había vuelto la primera hoja, apenas sus ojos se habían fijado en el título en caracteres árabes, que lanzó un grito sordo y sus ojos despedían rayos.
«Durante media hora hojeó el espeso manuscrito, no sin un respeto muy evidente. Una alegría sobrehumana brillaba en su rostro. Cuando llegó a la última hoja se levantó, abrió uno de los cajones de un inmenso mueble de ébano, amontonó algunas monedas de oro, las colocó dentro de un saco de piel, y poniendo aquel saco entre las manos del estupefacto suizo, le dijo:

—He aquí diez mil libras bien contadas... Id a llevar este dinero a la persona que vende el volumen, y exigidle recibo.
«El criado se retiró, convencido más que nunca que su amo había perdido por completo la razón.
«El marqués corrió los cerrojos de su cuarto a fin de procurarse una completa soledad, y después se absorbió en la contemplación muda y extática del tesoro que acababa de adquirir a precio de una suma relativamente enorme, pero que le parecía insignificante al lado de la importancia prodigiosa de su adquisición.
«El volumen que acababa de comprar era, en efecto, un ejemplar único, cuya existencia le había sido revelada por otros libros, y que de buena gana hubiera comprado dando toda su fortuna. Aquel manuscrito redactado por el más sabio de los magos del siglo XIV, contenía la universalidad de las fórmulas cabalísticas. Poseer aquellas fórmulas cuando se tenía al mismo tiempo la ciencia necesaria para hacer uso de ellas, equivalía a la riqueza sin límites y al poder también sin límites.
«El marqués de Gildes saboreó su alegría hasta por la noche tan exclusivamente, que se negó a abrir la puerta al ayuda de cámara que le iba a anunciar que estaba servida la comida. Por la noche se encerró en su laboratorio y comenzó a hacer experiencias con arreglo a las fórmulas del manuscrito.
«Aquellas experiencias le salieron a pedir de boca. El mercurio y el plomo se cambiaron en oro con una facilidad tan grande, que el marqués se quedó estupefacto y creyó que iba a volverse loco de alegría. Cuando rayó el día se decidió por fin a dejar los hornillos y sus retortas y buscar el reposo en el lecho, del que tenía absoluta necesidad.
«Al día siguiente y al otro continuó la serie de experiencias, siempre con igual y milagrosa suerte. Nada se resistía a las fórmulas que contenían las páginas del libro encarnado. El marqués de Gildes se confesaba a sí mismo que era decididamente el rey del mundo, puesto que dis-

ponía de un poder superior al de los más grandes monarcas.
«De repente, y cuando llegaba próximamente a los dos tercios del manuscrito, el marqués experimentó un vivo asombro: se encontraba enfrente de la fórmula de una operación mágica que había pasado desapercibida bajo sus ojos desde su primer examen.
«Después de todo, él no comprendía el fin de aquella operación. Los medios le parecían indicados claramente, pero le faltaba el resultado. Se decidió, sin embargo, a comenzar la experiencia. Colocó sobre el más encendido de sus hornillos una enorme retorta llena de sustancias extrañas, cuya nomenclatura contenía el manuscrito. Pronunció las palabras cabalísticas, activó el fuego con la ayuda de un poderoso soplete y esperó.
«Al cabo de algunos instantes comenzó la ebullición. Una columna de vapor se elevó de la retorta sin afectar al principio forma distinta. Poco a poco aquel vapor se espesaba, se condensó, se modeló, y una figura humana apareció vagamente. Después, las líneas de aquella figura fueron más claras, los contornos más precisos, y, por fin, el marqués de Gildes se encontró enfrente de una mujer, o mejor dicho, de una estatua de mujer de incomparable belleza. Todo era irreprochable e incomparable en aquella estatua, que no parecía hecha de mármol, sino de carne. En aquella criatura mágica no faltaba nada... mas que la vida... La sangre que coloreaba dulcemente una piel de extremada blancura, parecía helada en las venas. El corazón no latía; los ojos, tan azules como el cielo, no tenían brillo.
«El marqués de Gildes se quedó a la vez encantado y asombrado ante su obra. Por la primera vez acababa de usurpar el inmenso poder de Dios. El orgullo y el éxtasis se apoderaron de su alma.
—Cuando venga la vida a animar este cuerpo...—se dijo—, nada tan perfecto existirá en el mundo.
«Y el marqués volvió a esperar, pero en vano. No llegaba la vida. La fórmula cabalística no añadía una palabra más. La